

Hacia una visión sistémica de la adolescencia

DR. JOSE LUIS MORENO CHAPARRO
Escuela Universitaria CC. Familia
SEVILLA

Desde la concepción sistémica, la familia debe ser considerada a la vez como un proceso y como una estructura. Por ello el tiempo no es una variable más o menos condicionante, sino que constituye una de sus esencias definitorias. Así, la familia ha sido definida como un sistema sociocultural abierto en vías de transformación y lanzado en el tiempo. Esta enfatización de la temporalidad específica de la teoría sistémica tiene una singular importancia. El hecho de no valorar suficientemente el tiempo entorpece, en ocasiones, la aprehensión de algunos aspectos familiares por la dificultad de integrar a la vez la visión estructuralista y la procesual. No resistimos la tentación de citar el clásico ejemplo de la imposibilidad de detener la música para escuchar mejor la melodía ¹ o inmovilizar al danzarín para contemplar mejor la danza ². Pero si en algún momento esta temporalidad alcanza su máxima importancia es precisamente en la situación familiar con adolescentes.

Confesamos que para exponer nuestra visión sistémica preferiríamos redefinir la adolescencia como una situación familiar. El conceptualizarla como una etapa de cambios o modificaciones reducidos a una escala bio-psicológica, con repercusiones, más o menos sociales nos parece insuficiente. Estamos tentados a llamarles «*familias a transacción adolescente*» en la línea de la terminología utilizada para otros casos por la escuela de Milán ³. Resulta evidente que en una etapa concreta, que denominamos adolescencia, se producen en el individuo de una determinada edad, una serie de transformaciones biológicas y psicológicas, que condicionan su forma de relación. Pero

no es menos evidente que dicha etapa se produce en un contexto sistémico familiar que tiene una serie de características que le obligan a una interacción concreta. El proceso de ser adolescente no se efectúa en el vacío, ni tampoco en un espacio familiar inerte, ni siquiera estable. La familia esta también en una situación procesual que debe ser considerada.

1. EL CAMBIO ADOLESCENTE DE LOS HIJOS Y EL CAMBIO «MADURO» DE LOS PADRES

Si nos planteamos la cuestión en términos de ver lo que esta ocurriendo en el sistema familiar cuando un elemento llega a ese estadio evolutivo de la adolescencia, la visión puede cambiar. Tan obvio como olvidado es que los demás miembros de la familia se encuentran en sus estadios evolutivos personales. No quisiéramos pecar de concretos pero no resistimos presentar una hipótesis probable. Si la edad media de la paternidad en nuestro medio social son los 28 años y el de la maternidad los 25, resulta evidente que la adolescencia coincide, frecuentemente con los 40-45 años, es decir con el paso de adulto al de adulto maduro, de los padres. Es cierto que esa transición o crisis no es tan inmediata o tan tumultuosa como la del adolescente, pero qué duda cabe que también supone una serie de transformaciones, tanto biológicas, como psicológicas y sociales. Sólo analizando el aspecto cronológico podemos hipotetizar que la adolescencia, etapa de cambio y transformación del hijo, se superpone con una etapa de cambio y transformación de los padres. Es curioso que la inevitable referencia a la modificación y/o irrupción de la sexualidad en el adolescente, tan enfatizada y valorada como factor de cambio, no se relacione mas frecuentemente con las transformaciones y modificaciones de la sexualidad en la etapa cronológica correspondiente de los padres. Es posible suponer que unos padres angustiados por lo que vivencian como un declinar de su sexualidad pueden tener dificultades para la comunicación, en ese tema, con un hijo que se enfrenta con una función sexual pujante. Estamos de acuerdo con que la valoración de la sexualidad del adulto como «declinar» es un tópico y no resiste una seria crítica científica, pero la vivencia de la mayoría de los adultos de nuestro entorno sociocultural les lleva a esa valoración y, a los efectos de interacción, lo significativo es la vivencia del individuo.

El hecho de que la sexualidad del adolescente sea un aspecto tan frecuentemente apuntado y al que se da tanto valor, es la razón por la que nos hemos inclinado por utilizarlo como punto de referencia. Evidentemente creemos que el análisis es más complejo que la reducción al hecho de que el hijo con sexualidad exultante tenga dificultades de comunicación con padres preclimatéricos. El ejemplo pretende únicamente señalar el interés que puede tener el entorno

en este tema, retomando la hipótesis sistémica de la complementariedad circular frente a la causalidad lineal. Efectivamente frente a la visión de la sexualidad adolescente pujante y rebelde a cualquier tipo de encauzamiento, causa de una serie de efectos, podría oponerse la interrelación entre la sexualidad del padre y la del hijo condicionando las emociones de cada uno y dificultando mutuamente su relación. En un mecanismo de retroalimentación la sexualidad en alza del adolescente provoca un sentimiento mayor de insuficiencia sexual en el padre cuya visión genera en el hijo un impulso compensatorio hacia adelante.

2. LOS PROCESOS DE LA COMUNICACION

Subyace en lo expuesto hasta ahora otro de los elementos específicos del enfoque sistémico que creemos puede iluminar más aspectos de la relación adolescente-familia: nos referimos a la comunicación. En la familia a transacción adolescente se produce una transformación en la forma de procesar la información que no puede ser olvidada. En primer lugar el adolescente, con la transformación de sus funciones intelectuales, fruto del proceso madurativo, modifica sus funciones en el proceso de la información, alterando así la comunicación y por ello la estructura y el proceso familiar. Aunque sin pretender ser exhaustivos vamos a hacer un rápido repaso a las modificaciones que la adolescencia provoca en la comunicación familiar.

Desde la hipótesis teórica básica ⁴, se han descrito 19 funciones críticas que para su subsistencia debe realizar todo sistema, o deben realizar por el. Estos se clasifican en tres tipos: los que procesan energía (ingestor, distribuidor, convertidor, productor, almacenaje, extrusor, motor y cimienta), los que procesan energía e información (reproductor y frontera) y los que procesan únicamente información. Vamos a centrarnos en el estudio de estos últimos por considerar que ellos nos van a permitir entender mejor, algunos aspectos de la transacción adolescente

a) La función de «transductor»

En primer lugar el adolescente presenta una capacidad que le permite competir con los adultos como *transductor de input*. Entendemos por esta función la de convertir las señales que llegan al sistema en otras señales aprovechables por el. Hasta esa época el niño recibe básicamente los estímulos informativos, o «input», a través del análisis y la recepción que del exterior hacen los adultos. Estos además actúan como *transductores internos* de esa información, otra función crítica que consiste en transmitir las informaciones sobre cambios o estados de las estructuras del propio sistema. El adolescente, tanto

en función del ya referido crecimiento madurativo, como de la mayor apertura al exterior; compite con los adultos en esa función alterando por tanto dos aspectos: la estructura de *canal y red* por la que se transmite la información y el procesamiento de la misma. La estructura de canal y red constituye, como es fácil suponer, el conjunto de rutas y soportes por los que se vehícula la información dentro del sistema y tiene una estrecha relación con su estructuración, es decir con la forma de relación de los elementos del sistema. La alteración de los mecanismos de entrada y transmisión de información suponen un cambio que induce la necesidad de la puesta en marcha de mecanismos adaptativos y homeostáticos. De hecho la situación es aún más compleja. la aparición del adolescente como un nuevo subsistema con la función de transductor de input, obliga al subsistema parental a entrar en un canal con dos input, uno que procede de su canal de recepción externo y el otro que procede de la recepción que del exterior hace el adolescente. Lógicamente la aparición del subsistema adolescente como emisor de informaciones sobre las diferencias o estado del sistema no hace que el subsistema parental abdique de sus funciones de transductor interno, es decir de transmitir los mensajes sobre la situación de la familia, lo que ocurre es que esa transducción se hace de un modo más complejo y con más diferencias, complicando así el diseño.

b) *La función del «decodificador»*

Todavía el problema se hace mayor si tenemos en cuenta que la adolescencia debe ser entendida, al menos en nuestro medio, como una subcultura⁵. En la misma se dan y esto resulta cada vez más evidente, unas formas de conducta y de expresión propias, no coincidentes con la cultura dominante, que podríamos adscribir al subsistema parental. Se encuentra pues este en la necesidad de actuar como *decodificador*, en tanto el adolescente en su relación con elementos y conjuntos extrasistémicos incorpora un código de señales que no es el mismo que el interno del sistema. De hecho todo sistema familiar ejerce una función de decodificador, alterando los input y transformándolos a un código privado que puede ser utilizado internamente por la familia. Durante mucho tiempo la decodificación o transformación de mensajes externos a un lenguaje que pueda ser procesado por los elementos menos elaborados del sistema es una función de singular importancia del sistema parental. La aparición del adolescente tiene en este nivel una doble significación. Por un lado él actúa como decodificador y conocedor del código familiar e intenta la conversión al mismo de los mensajes extrasistémicos, entrando a veces en conflicto por diferentes traducciones con el subsistema parental. Pero además su relación con una subcultura con lenguaje propio hace que se convierta en el poseedor único, dentro del sistema, de un código para traducir los mensajes externos, sustituyendo, entrando en competencia o simplemente anulando esa misión del subsistema

parental. En muchos casos la ausencia de esta función decodificadora de los padres, altera la comunicación intrafamiliar hasta hacerla disfuncional.

c) *La función de «decididor»*

Esta disfuncionalidad es tanto mas evidente si tenemos en cuenta que una función claramente relacionada con la recepción de los input informativos es la de *decididor*. A través de esta función ejecutiva, se reciben los input de todos los elementos y se transmiten los outputs informativos que controlan todo el sistema. La función subsistémica de decididor suele considerarse en cuatro etapas: descubrimiento de objetivos, análisis, síntesis y realización. La existencia de dos subsistemas distintos con capacidad para recibir y transducir los input informativos conlleva, casi inevitablemente, la aparición de dos subsistemas decididores. Pero estos dos subsistemas, parental y adolescente, tienen no sólo su específica función de transductor de input, y sus dificultades de decodificación, sino también distintos elementos en la función *memoria*. Entendemos esta función como el almacenaje de información del sistema durante períodos de tiempo. En otros términos el subsistema parental y el adolescente, aun cuando tengan los mismos objetivos, que ya es una suposición, tienen distintas informaciones sobre las que hacen el análisis y la síntesis. La historicidad, de nuevo la temporalidad, de cada uno de los subsistemas les ha dotado de diferentes unidades informativas, memorias, y la existencia de dos lenguajes, sin una función decodificadora común, hace posible diferentes resultados. El subsistema adolescente y el parental toman pues decisiones, en procesos independientes y en relación con otras funciones críticas también independientes generando una complejidad de la relación intrasistémica familiar que conlleva una gran inestabilidad. Además, a través del proceso crítico *asociador*, se establecen relaciones duraderas entre dos informaciones, que constituye el primer estadio de los procesos de aprendizaje. El subsistema adolescente va generando asociaciones que pretenden intervenir en el sistema. El desarrollo evolutivo condiciona precisamente la aparición de estructuras y funciones individuales que permiten este proceso y que se van a desarrollar en la familia.

d) *La función de «encodificador»*

No podemos terminar este repaso citando los dos últimos procesos de este tipo: el de encodificador y el transductor de output. *Encodificar* es la función por la que se recogen las informaciones de los subsistemas y se pasan del código privado del sistema a un código público que puede ser interpretado por otros sistemas del ambiente. La transformación de la información familiar en módulos de conducta o en informaciones al exterior resulta alterada en esta época. Tanto

el código de emisión del mensaje como la función de transmitirlo, *transducción de output*, constituyen otra de las cuestiones a resolver. Una de las más frecuentes críticas y problemáticas del adolescente y la familia es precisamente la «imagen» o «la conducta» del mismo en ese «ambiente» que no es reconocido como «individual», sino como «sistémico». La legitimidad para actuar como encodificador del adolescente o la «propiedad» del mensaje conductual emitido por el (suyo o de la familia) es uno de los problemas frecuentes.

Creemos que resultan fáciles de comprender algunos de los conflictos de la relación familia-adolescente si los analizamos con la óptica sistémica comunicacional que acabamos de resumir. Entender que en la adolescencia la estructura sistémica familiar, referida al procesamiento de la información, resulta complejizada por la mayor diferenciación del adolescente para ejercer algunas de estas funciones, constituye una aportación al análisis desde el paradigma sistémico.

Si quisiéramos hacer un análisis simplista podría decirse que la adolescencia señala la aparición de un nuevo funcionamiento sistémico. Si la aparición del hijo había supuesto una diferenciación estructural del sistema en cuanto la aparición de un nuevo elemento, podría decirse que la aparición del adolescente supone una complejización en los niveles funcionales. Las funciones hasta entonces realizadas por unos elementos del sistema pasan a ser realizadas también por otros. Esta adicción supone una complejización en cuanto permite las duplicidades y las interferencias, pero también podría ser valorada como positiva en cuanto permite la conjunción y colaboración.

3. EL ADOLESCENTE Y LA DIFERENCIACION DE FUNCIONES

Hasta ahora nos hemos referido a las funciones críticas que procesan información, pero el análisis de las que procesan energía o energía e información, también permite elaborar sugestivas hipótesis, sobre como la aparición del adolescente las complejiza en el mismo sentido. La relación y la comunicación familiar puede ser estudiada, desde esta óptica, obteniéndose interesantes datos, que permiten comprender algunas dificultades de relación familiar frecuentes en esta época. Algunos aspectos conductuales o biológicos pueden iluminarse si se consideran desde la diferenciación en funciones, piénsese a estos efectos, el interés de las funciones críticas de «motor» o «almacenaje».

Creemos que la complejidad funcional del sistema por la diferenciación específica de uno de los elementos, esencia del proceso sistémico de la transacción familiar adolescente, afecta fundamentalmente a la estructuración jerárquica, cuestionando el orden estable-

cido en la familia. La posibilidad de la realización de una función, es decir de asumir un cierto grado de responsabilidad, conlleva inevitablemente una aspiración a ciertos grados de autoridad y el conflicto relacional intersubstémico debe entenderse como la conjunción de los dos aspectos: el ejercicio de la función y la asunción de la autoridad inherente a la responsabilidad de la misma. Por ello en la transacción adolescente se cuestiona la estructura jerárquica, por tanto, se cuestionan los límites y las formas de relación entre los subsistemas.

Con relativa frecuencia se habla del deseo de separación del adolescente, lo que nos parece mas un deseo de individualización en función de la redefinición de sus límites. El adolescente, entendido como subsistema, exige una redefinición de su función, de su jerarquía y de sus límites en el sistema familiar, desde su diferenciación funcional, condicionada y condicionante del sistema familiar. Este proceso puede y ha sido entendido como una desvinculación, separación o ruptura, pero nosotros preferimos hablar de redefinición relacional, puesto que desde el punto de vista familiar no produce generalmente ruptura, sino crisis que genera una nueva pauta vincular.

Además entendemos que la adolescencia no es sino una de las muchas crisis (situaciones críticas) en las que la diferenciación o modificación de las características de uno o más elementos sistémicos condiciona una redefinición de la relación. Efectivamente en la adolescencia se dan una serie de peculiaridades biológicas, crecimiento, sexualidad, etc., unidas a otras psicológicas que condicionan una diferenciación funcional, cambios de formas y estructuras de pensamiento, etc., pero quizás lo que la dota de singularidad es el hecho de ser la primera de esas crisis en las que el individuo puede tener conciencia de cambio. El duelo, el sentimiento de pérdida, en fin todas las características del pensamiento y la emoción adolescente pueden ser consideradas como la concienciación de un cambio situacional y relacional.

Este cambio presenta una doble vertiente: la redefinición de los límites y funciones intrasistémicos y la definición, si se quiere redefinición a otro nivel, de la relación con estructuras extrasistémicas. La encrucijada de la transducción de inputs, decodificación, encodificación y transducción de output, suponen un acceso a formas relacionales nuevas, de las que por primera vez se es consciente. De lo que quizás no se sea consciente es de cómo esa redefinición cuestiona la estructura homeostática y pone a prueba la flexibilidad del sistema familiar. Esa capacidad es la que establece hasta que punto la familia condiciona y esta condicionada por el adolescente.

Si en la esencia del proceso esta la diferenciación alcanzada por un lado, la redefinición de límites por otro y la doble cualidad de agente y paciente, fácilmente reconoceremos que el esquema se va a reproducir en otras circunstancias existenciales entendidas como críticas. En ellas se van a producir procesos de desvinculación

y de individualización de características muy similares. Quizás el hecho de perder un cierto grado de potencia sexual, de vigor físico, de haber llegado a un cierto tipo de diferenciación social y profesional, debiendo renunciarse a un determinado grado de poder y de manejo de información dentro del sistema familiar, puede ser entendido como una imagen en espejo de la situación adolescente y se corresponde con la imagen de padre-de-adolescente, habitual en nuestro medio. De ello parece lícito deducir que en la familia a transacción adolescente hay una necesidad de redefinición funcional y relacional de los elementos, desde la diferenciación y modificación de las características de varios de ellos y eso condiciona una serie de modificaciones en la estructuración jerárquica y en el procesamiento de la información.

Esta última referencia nos lleva a la reflexión final de que tal vez la adolescencia no es sino el primero de una serie de comportamientos isomorfos que por su incidencia deben ser entendidos como pruebas de la capacidad de modificación y resistencia al cambio del sistema familiar. El proceso de desvinculación no sería privativo de la adolescencia, se daría por primera vez en la adolescencia de forma más o menos consciente y serviría de patrón para posteriores diferenciaciones funcionales y redefiniciones relacionales, que podrían interpretarse como vinculaciones-desvinculaciones, pero que constituirían los hitos madurativos en el sentido personal relacional del hombre. La adolescencia quizás sea el primero y prototípico de estos hitos, caracterizado por una primera asunción de poder y responsabilidad, enlazado con el de la madurez del padre, quizás el primero y protípico de otra índole de hitos caracterizados por la abdicación de cierto grado de poder y de responsabilidad. Se ha dicho que lo importante no es quien haga la historia, sino quien la escribe, quizás que la historia de la adolescencia la escriban-escibamos los padres puede no hacernos entender muy bien el papel jugado en esta interacción familiar por cada uno de los protagonistas.

BIBLIOGRAFIA

- 1 Bergson, H. (1955), *An Introduction to Methaphysics*, New York: Liberal Art Press.
- 2 Minuchin, S. (1984), *Técnicas de terapia familiar*, Barcelona: Paldós
- 3 Selvini, M. (1980), *Crónica de una investigación*, Barcelona: Paidós.
- 4 Miller, J. G. (1982), 'Teoría general de los sistemas', en *Tratado de Psiquiatría, de Fredmann, Kaplan, Sadock*, t. I, Barcelona: Salvat.
- 5 Ferreira, G. (1990), 'La adolescencia como un conflicto de culturas', *Psicopatología* n.º 4, 177-181.

SUMMARY

The article sets out to study adolescence from the systemic viewpoint, defining it as a «family situation». It shows how reducing adolescence to a stage of biosychological changes or modification system explained. In this new communication the adolescent fulfils the functions of «transductor», «decoder», «decider» and «encoder»..., bringing him to a re-discovery of his own identity.